

Reflexiones pastorales



P. Jorge Eduardo Lozano
Obispo de Gualeguaychú

Año del Señor 2012

Índice

Introducción	2
I La fe y el mundo	
a) ¿Qué se dice de la fe?	3
b) ¿Qué pasa hoy en el mundo con la fe?	3
c) ¿Qué sería el mundo sin Dios?	4
II La fe y la Palabra	
¿Qué nos dice la Biblia acerca de la fe?	5
a) Buscar y encontrar	5
b) Encuentro y experiencia	6
c) Experiencia y seguimiento	6
d) Seguimiento y misión	7
e) Las Cartas de San Pablo	7
III La enseñanza de la Iglesia acerca de la fe	
a) Acto personal y comunitario	8
b) La gracia que actúa en nosotros	10
c) Una fe revelada	11
d) Una fe adulta	13
e) Una fe celebrada	16
f) Una fe vivida en el mundo	18
IV Llamados a comunicar la fe	
a) Llamados a la misión... ..	21
b) ...y a la santidad	23
Conclusión	25
Epílogo	27
Índice de citas	30



Queridos hermanos:

En el inicio del *Año de la fe*, convocado por nuestro Papa Benedicto XVI y, siguiendo las indicaciones pastorales de la Congregación para la Doctrina de la fe (cf. III, 3), quiero compartir con ustedes estas reflexiones con el deseo de que puedan servirles de ayuda para redescubrir y profundizar la riqueza de la fe cristiana (cf. *PF* 4) en cada uno de nosotros y en las diversas comunidades de la diócesis.

El texto tiene cuatro partes. Comienzo haciendo una reflexión acerca de la fe en el mundo de hoy, y comentando por qué el Papa ha convocado al *Año de la fe*. La segunda parte cita algunos pasajes de la Biblia con el propósito de que nos sirvan de meditación y oración. La tercera es acerca de lo que la Iglesia nos enseña sobre la fe y el llamado a comunicarla es la cuarta parte. Aquí transcribo citas del Concilio Vaticano II, del *Catecismo* que el Papa nos ha pedido tener particularmente en cuenta y del *Youcat* (*Catecismo* que el Papa entregó a los jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud el año pasado en Madrid). Sugiero algunas preguntas orientadoras que pueden facilitar la lectura personal o dar pistas para el diálogo grupal, en caso de que a este texto lo lean de modo comunitario.

El lema que nos hemos propuesto en este camino de Asamblea Diocesana que estamos transitando es “*Sean uno para que el mundo crea*”, y está tomado de la oración sacerdotal de Jesús en el Huerto de los Olivos (Jn 17). Nuestro mayor anhelo es que Jesucristo sea conocido, amado y seguido. La Virgen María fue “feliz por haber creído” (Lc 1,45) y nosotros también.

En este tiempo 2012-2013 estamos trabajando en consonancia con el *Año de la fe* en el Congreso Provincial de Educación Católica, organizado por las tres diócesis de Entre Ríos. Los invito a dejarnos renovar en la fe que el Señor nos regaló en el Bautismo.

Pido al Señor, nuestro Buen Pastor, nos fortalezca en la unidad y nos haga firmes en la fe. Imploramos juntos: “Señor, auméntanos la fe”.

Nuestra Señora del Rosario y San José, Patronos de la Diócesis, nos acompañen en este peregrinar en la fe.

Con mi cariño y bendición.

+ Jorge Eduardo Lozano
Padre Obispo de Gualaguaychú

I- La fe y el mundo

a) ¿Qué se dice de la fe?

- 1- Si prestamos atención, a veces se habla o hablamos de la fe de manera inadecuada o al menos de forma incompleta, corriendo el riesgo de quedarnos con una mirada parcial, reducida y hasta poco cristiana. Por ejemplo, se suele escuchar que la fe es creer en lo que no se ve o creer en algo (no en alguien), hasta el punto de sostener que en algo hay que creer. Por último, también se escucha que la fe es creer en Dios. Pienso que estas y otras expresiones dicen algo pero son insuficientes cuando no erróneas.

Aprovechando el año de la fe quisiera invitarlos a preguntarse: ¿Qué significa la fe cristiana? ¿Qué incidencia tiene en la vida personal, familiar, laboral, cultural y científica? ¿Cómo estamos viviendo la fe en las comunidades eclesiales? Para poder ayudarlos quisiera que veamos por qué el Papa ha convocado al *Año de la fe*.

b) ¿Qué pasa hoy en el mundo con la fe?

- 2- El Papa Benedicto XVI recoge la inquietud ya planteada por sus predecesores acerca de:

[...] una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles, como la fe en un Dios creador y providente, la revelación de Jesucristo único salvador y la comprensión común de las experiencias fundamentales del hombre como nacer, morir, vivir en una familia, y la referencia a una ley moral natural. (UES)

Nos dice el Papa que esto ha provocado en el hombre contemporáneo el surgimiento de un “desierto interior” (ibid.). Esta imagen es muy expresiva. Hace referencia a un lugar estéril (allí no hay lugar para vegetación, belleza, color), inhóspito. En el desierto se experimenta la desorientación, la sed, el riesgo de muerte, el agobio y también el deseo y la necesidad de Dios; deseo que por más que se esfuerce el hombre no puede acallar puesto que “ha sido creado por Dios y para Dios” (CEC 27).

Este deseo de infinitud, de absoluto, de Dios, diríamos nosotros, no siempre es encaminado de forma adecuada. En efecto, cuando el hombre no se abre a la amistad con Dios para saciar esta sed suele buscar sustitutos que, lejos de plenificar, provocan un hondo sentimiento de vaciedad.

Permítanme mencionar algunos. El *consumismo*, que es una especie de fiebre posesiva que despierta deseos de tener lo último de la moda (celular, zapatillas, auto, ropa, música, etc.). El *egoísmo*, que es la negación de la fraternidad y el despreocuparse de la suerte de los demás, en lo que constituye -según Benedicto XVI- una de las mayores pobreza de estos tiempos; efectivamente “el hombre que está hecho para el don” (CiV 34) “experimenta la soledad” (CiV 53). El *hedonismo*,



que es la búsqueda desesperada del placer personal, que reduce todo al gozo individual. Y el *narcisismo*, que lleva al hombre a colocarse en el centro del universo, de la sociedad y de su familia.

Finalmente, quisiera mencionar las *evasiones* que, ante la decepción y la angustia existencial, nos ofrecen una especie de mundo ilusorio o de fantasía. Se corre el riesgo de caer en adicciones como el alcohol, las drogas, internet, la televisión, el juego, etc. Pero sabemos que estos y otros sustitutos pueden calmar temporalmente, pero no pueden ni podrán saciar jamás la sed de verdad, de sentido y de trascendencia que hay en el corazón del hombre. Bellamente lo expresó San Agustín en las *Confesiones*: “Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti” (1,1,1).

c) ¿Qué sería el mundo sin Dios?

- 3- Hay dos imágenes que expresan esta condición dramática de la humanidad sin Dios: la falta de sentido (horizonte) y el naufragio.

La falta de sentido fue señalada ya desde mediados del siglo pasado. Uno de los que más avanzó en su análisis inicial fue el psicólogo judío Víctor Frankl, quien sostiene en su libro *El hombre doliente*:

[..] que el hombre está siempre orientado y ordenado a algo que no es él mismo; ya sea un sentido que debe cumplir ya sea otro ser humano con el que se encuentra. En una u otra forma, el hecho de ser hombre apunta siempre más allá de uno mismo, y esta trascendencia constituye la esencia de la existencia humana. (1990:11)

Sin embargo, los tiempos en que vivimos nos hacen caer en la cuenta -como enseñan los obispos en *Aparecida*- que estamos ante una crisis de sentido (cf. *DA* 37), ya sea porque nadie lo encuentra o porque sencillamente nadie se lo plantea.

Esta crisis de sentido no permite tener miradas a largo plazo y dificulta los compromisos perdurables en diversos órdenes de la vida. Algunos incluso llegan a plantearse el “para qué” (sentido) del estudio, el trabajo, la fidelidad, el casarse, decir la verdad, ser honesto, ser catequista... Una especie de falta de motivación importante.

La otra imagen que quisiera proponer es la del **naufragio**, muy expresiva por cierto. Cuando vemos alguna película con imágenes de personas en situación de naufragio, se las muestra a la deriva, sin divisar tierra firme ni al norte o al sur, al este o al oeste. Todo parece inmensidad amenazante. Aferrados a un salvavidas o tabla de salvación no hay nada que hacer más que quedar esperando ser rescatados. Esta situación nos hace sentir que todo esfuerzo es casi inútil. Algunos hermanos nuestros viven de este modo alegórico. Aferrados a algo que parece ser lo único que tienen por seguro y firme pero sin horizonte de plenitud. Una mirada relativista nos ha quitado las certezas fundantes de la persona. En fin, el mundo sin Dios pierde su horizonte, se queda sin sentido y por tanto está destinado al naufragio

II- La fe y la Palabra

¿Qué nos dice la Biblia acerca de la fe?

- 4- La vida es un regalo de Dios, un hermoso regalo. Dios quiere nuestra felicidad y solo Él, que es amor, es capaz de saciar plenamente el corazón humano. Así como Dios toma la iniciativa en la creación, también Él se acerca a nosotros para mostrarnos su amor y ofrecernos su amistad (cf. *VD* 6; 10). La fe es la respuesta libre del hombre a esta iniciativa de Dios.

El diálogo de Jesús con la mujer samaritana nos muestra que es Él quien da el primer paso: “Mujer, dame de beber” (Jn 4, 7). Es el modo en que el Maestro comienza el diálogo para terminar Él mismo ofreciendo un agua particular: “El que beba de esta agua tendrá nuevamente sed, pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna” (Jn 4, 13 - 14). Muchos pasajes bíblicos nos relatan este deseo profundo de encontrar a Dios. Los místicos han escrito páginas muy bellas de poemas y relatos acerca del camino que el alma realiza para ver a Dios.

En nuestro camino de Asamblea Diocesana nos hemos propuesto como objetivo general: “Fomentar la espiritualidad de comunión para fortalecer nuestra misión”. Y en dos líneas de acción de este objetivo destacamos “que el encuentro personal y comunitario con Cristo Vivo renueve nuestro discipulado y nuestro impulso misionero”. Procuremos alcanzarlo meditando la Palabra de Dios.

Releamos algunos pasajes del Nuevo Testamento acerca de la fe.

a) Buscar y encontrar (Jn 1, 35 - 51)

- 5- Algunos de los Apóstoles habían sido previamente discípulos de Juan el Bautista, quien tuvo la misión de predicar y preparar el corazón del Pueblo para recibir al Mesías. Juan estaba en el desierto rodeado de mucha gente, y cuando lo vio de lejos a Jesús, dijo a sus discípulos que ese era el esperado, y algunos se fueron con Él. Entre estos primeros discípulos de Jesús estaban Andrés (hermano de Simón Pedro), Felipe, Natanael. Andrés le dijo a Pedro: “Hemos encontrado al Mesías” (Jn 1, 41), y Felipe dijo a Natanael: “Hemos hallado a aquel de quien se habla en la ley de Moisés y en los Profetas” (Jn 1, 45). En ambos casos se habla de “encontrar - hallar al Mesías” tras un tiempo de búsqueda. Ellos eran hombres creyentes y confiaban en que Dios cumpliría sus promesas. A quien encontraron fue al esperado desde siglos por todo el Pueblo de Israel. Ellos son parte de esta expectativa mesiánica de todo el Pueblo. Es una esperanza comunitaria pero también personal de cada uno de ellos. La búsqueda tiene sentido. Perseverar en la esperanza buscando al Señor da como resultado el encuentro con el Maestro.

Para rezar y reflexionar: meditar el texto de Jn 1, 35-51. ¿Encuentro en Jesús al Mesías y Salvador? ¿Puedo imaginar mi vida sin Él?



b) Encuentro y experiencia (Lc 24, 13 - 35)

6- A los discípulos no les resultó fácil dar los primeros pasos en la fe después de la Pascua. El relato de los dos amigos que volvían tristes a Emaús nos enseña mucho. Jesús se hizo compañero de camino de ellos, los escuchó, les preguntó, y les interpretó lo que estaba anunciado en las Escrituras acerca del Mesías. Les abrió la mente y el corazón para que entendieran pasajes bíblicos que ellos habían escuchado antes, pero sin entenderlos en clave pascual. ¡Cómo habrá sido aquel diálogo que les hacía arder el corazón!

Jesús salió al encuentro y ellos le abrieron el corazón y la casa. “Quédate con nosotros... Lo reconocieron al partir el pan”. Tuvieron experiencia de encuentro con Cristo VIVO. Nosotros hoy también estamos llamados a hacer esta experiencia. El Papa nos exhorta: “Es necesario que los cristianos experimenten que no siguen a un personaje de la historia pasada sino a Cristo Vivo, presente en el hoy y el ahora de sus vidas. Él es el viviente que camina a nuestro lado.” (Benedicto XVI, “Discurso Inaugural de Aparecida”)

Para rezar y reflexionar: meditar el texto de Lc 24, 13-35. ¿He tenido, y primordialmente sigo teniendo, *experiencias de fe*, como encuentros con Cristo Vivo? ¿Esas experiencias me siguen transformando? ¿Soy consciente de que Cristo está vivo y camina junto a mí?

c) Experiencia y seguimiento (Jn 15, 1-8)

7- De la experiencia de Encuentro surge la vocación-llamado. El Señor no irrumpe en la vida como visitante ocasional. Jesucristo, el enviado del Padre, viene a establecer alianza con su Pueblo, una alianza de amor. El discipulado es la forma concreta de desplegar la amistad con Jesús. Él toma la iniciativa, nos elige para ser sus amigos (Jn. 15,15). El Documento Conclusivo de *Aparecida* nos dice: “La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión” (DA 156). Somos llamados en comunidad para ser discípulos misioneros junto con otros.

Ser discípulos nos ubica en relación con Jesús Maestro. Él es el que nos enseña. Nos introduce en la vida verdadera. Él nos enseña no solo una doctrina, sino un estilo de vida. No es un maestro de teorías filosóficas o códigos éticos. Nos comunica la sabiduría ante la vida. No se “aprende” a ser discípulo estudiando sino viviendo con el Señor.

Para rezar y reflexionar: meditar el texto de Jn 15, 1-8. ¿Puedo *experimentar* que ser cristiano me lleva a “saber-vivir” (ser sabio), gustando y probando cada día qué bueno es el Señor, personalmente y en comunidad? ¿Vivo la fe como unión con Cristo y los hermanos? ¿Comparto momentos concretos?

d) Seguimiento y misión (Mc 3, 13-15)

- 8- Quien hace el camino del discipulado deriva simultáneamente en testimonio misionero.

San Marcos nos muestra la elección y el llamado que hace Jesús: “Llamó a los que quiso... para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 13-14).

El Papa Benedicto nos dijo: “Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que solo Él nos salva” (DI 3). El misionero no repite un discurso que aprendió de memoria, sino que comparte una experiencia vital. La primera Carta de San Juan expresa bellamente: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos” (I Jn 1,1) “para que nuestra alegría sea completa” (I Jn 1,4).

Para rezar y reflexionar: meditar el texto de Mc 3, 13-15. ¿Cómo es la realidad de nuestra misión? ¿Pueden reconocer por mis frutos, por nuestro estilo de vida que soy/somos cristianos? ¿Anunciamos explícita e implícitamente una experiencia vital de *relación con Cristo*? ¿Reconocemos que fuimos elegidos por Jesús para estar con Él y ser enviados a predicar?

e) Las Cartas de San Pablo (Ef 1, 3-14)

- 9- Pablo también nos enseña que la iniciativa es de Dios. El Padre “nos ha elegido en Cristo, antes de la creación del mundo para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor”. (Ef 1,4). Te invito a meditar este hermoso himno de Ef 1, 3-14. Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo Cuerpo en Cristo (cf. I Cor 12, 13). Por eso, el Apóstol escribe a los Gálatas: “Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20). Vos y yo podemos decir esto mismo: Jesús me amó y se entregó por mí. Para hacerme hombre nuevo. Para hacerme hermano de todos e hijo de un mismo Padre.

Para rezar y reflexionar: meditar el texto de Ef 1, 3-14. ¿Me reconozco elegido por Dios desde toda la eternidad? ¿Qué quiere decir ser santos y sin reproches en su presencia por el amor? ¿Me dejo conducir por el Espíritu Santo?



III- La enseñanza de la Iglesia acerca de la fe

a) Acto personal y comunitario

10- Como veíamos recién en esos pocos relatos bíblicos, Dios toma la iniciativa para acercarse al hombre. Ante las llamadas que Jesús hizo, las respuestas variaron según la libertad de cada uno. No hay resultados automáticos. Hubo quienes le dijeron ¡sí! Y quienes se retiraron por otro camino. Nos enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo” (CEC 166). Un obispo del siglo V, Basilio de Seleucia, enseñaba: “Ningún hombre vive solo, ningún hombre cree solo. Dios nos da su palabra y al hablar nos convoca, crea una comunidad, su pueblo, su Iglesia. Después de la partida de Jesús, la Iglesia es signo de su presencia en el mundo”. El Papa Benedicto XVI escribe: “La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia” (PF 10). Por eso, al decir “Sí, creo” estoy afirmando la fe de la Iglesia, o sea, “Sí, creemos”. Así lo manifestamos al renovar la fe en cada celebración del Bautismo y Confirmación, en cada Vigilia Pascual.

Por medio del bautismo nos hacemos hijos de Dios, miembros del Cuerpo de Cristo -la Iglesia- y por tanto hermanos de todos los que han recibido el mismo sacramento. Por eso decimos que “la fe nos da una familia” (Benedicto XVI, *DI*).

• Texto del Concilio Vaticano II:

9. En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (cf. Hch 10,35). Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a Sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para Sí. Pero todo esto sucedió como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne. “He aquí que llegará el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán, dice el Señor” (Jr 31,31-34). Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. 1 Co 11,25), lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios. Pues quienes creen en Cristo, renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo (cf. 1 P 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. Jn 3,5-6), pasan, finalmente, a constituir “un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios” (1 P 2, 9-10).

Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo, “que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación” (Rm 4,25), y teniendo ahora un nombre que está sobre todo nombre, reina gloriosamente en los cielos. La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (cf. Jn 13,34). Y tiene en último lugar, como fin, el dilatar más y más el reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos Él mismo también lo consume, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra (cf. Col3,4), y “la misma criatura sea libertada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios” (Rm 8,21). Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16). (LG 9 a y b)

- **Texto del Catecismo:**

La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros. (CEC 166)

"Creo" (Símbolo de los Apóstoles): Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. "Creemos" (Símbolo de Nicea-Constantinopla, en el original griego): Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. "Creo", es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: "creo", "creemos". (CEC 167)

- **Texto del Youcat:**

Al comienzo del acto de fe hay con frecuencia una conmoción o una inquietud. El hombre experimenta que el mundo visible y el transcurso normal de las cosas no puede ser todo. Se siente tocado por un misterio. Sigue las pistas que le señalan la existencia de Dios y paulatinamente logra la confianza de dirigirse a Dios y finalmente de adherirse a él libremente. En el evangelio de San Juan leemos: “A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer” (Jn 1,18). Por eso debemos creer en Jesús, el Hijo de Dios, si queremos saber qué nos quiere comunicar Dios. Por eso creer es acoger a Jesús y jugarse toda la vida por él”. (Youcat 22)

La fe es lo más personal de un hombre, pero no es un asunto privado. Quien quiera creer tiene que poder decir tanto “yo” como “nosotros”, porque una fe que no se puede compartir no comunicar sería irracional. Cada creyente da su asentimiento libre al “creemos” de la Iglesia. De ella ha recibido la fe. Ella es



quien la ha transmitido a través de los siglos hasta él, la ha protegido de falsificaciones y la ha hecho brillar de nuevo. La fe es por ello tomar parte de una convicción común. La fe de los otros me sostiene, así como el fuego de mi fe enciende y conforta a otros. El “yo” y el “nosotros” de la fe lo destaca la Iglesia empleando dos confesiones de la fe en sus celebraciones: el credo apostólico, que comienza “creo” y el credo de Nicea-Constantinopla, que en su forma original comenzaba con “Creemos”. (Youcat 24)

Preguntas Orientadoras: ¿Entiendo la fe como una adhesión libre y personal a la propuesta de Dios? ¿Soy consciente de que la fe tiene una esencial dimensión relacional, es decir, que no creo solo sino que creo con otros? ¿Cómo respondo al llamado de Jesús?

b) La gracia que actúa en nosotros

11- “La puerta de la fe... está siempre abierta para nosotros”. La invitación de Dios es permanente. La respuesta que damos implica dar un paso, ponerse en camino, querer entrar a la vida de la fe. “Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma” (PF 1). Al acoger la Palabra con un corazón dispuesto, se da un proceso de conversión, un camino de discipulado en el cual el Maestro va configurando nuestra vida con la suya. No hay verdadera vida cristiana si no nos dejamos guiar por el Espíritu Santo. Recorrer este camino conducido por el Espíritu nos lleva a tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. Gal 5).

• Texto del Concilio Vaticano II:

Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2,18). Él es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14; 7,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rm 8,10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Co 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Ga 4,6; Rm 8,15-16 y 26). Guía la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16, 13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12; 1 Co 12,4; Ga 5,22). Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo [3]. En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (cf. Ap 22,17).

Y así toda la Iglesia aparece como “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” [4]. (LG 4)

- **Texto del *Catecismo*:**

Quando san Pedro confiesa que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, Jesús le declara que esta revelación no le ha venido “de la carne y de la sangre, sino de mi Padre que está en los cielos” (Mt 16,17; cf. Ga 1,15; Mt 11,25). La fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por Él. “Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con los auxilios interiores del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede «a todos gusto en aceptar y creer la verdad»” (DV 5). (CEC 153)

“El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe ser obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza” (DH 10; cf. CDC, can.748,2). “Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados en conciencia, pero no coaccionados [...] Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús” (DH 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie. “Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino [...] crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él” (DH 11). (CEC 160)

- **Texto del *Youcat*:**

A la oferta de la gracia se puede también decir que no. Sin embargo la gracia no es nada exterior o extraño al hombre; es aquello que desea en realidad en lo más íntimo de su libertad. Dios, al movernos mediante su gracia, se anticipa a la respuesta libre del hombre. (Youcat 340)

Preguntas Orientadoras: ¿Comprendemos que sin apertura y docilidad al Espíritu no podremos corresponder al amor de Dios manifestado en Cristo? ¿Qué podemos hacer para ser más dóciles al Espíritu? ¿Me dejo guiar por el Espíritu Santo o prefiero mis propios criterios, derivando en personalismos cerrados? ¿Cuido mi relación con Dios?

c) Una fe revelada

12- La fe es la respuesta a un anuncio, a una Palabra pronunciada por Dios que se nos revela en Cristo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por el amor que nos tiene, Jesús nos llama amigos porque nos ha revelado todo lo que el Padre nos quiso comunicar. (cf. Jn 15,15). La fe no es un simple sentimiento subjetivo y pasajero. Ni es sentimentalismo intimista, ni es relativismo que se acomoda al propio interés o deseo. “[...] existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento” (PF 10). “El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor” (PF 10). En el Evangelio, Jesús, al ser reconocido como Mesías por Pedro, le dice: “Feliz de ti, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo” (Mt 16,17). También la



Virgen María es llamada “Feliz por haber creído que se cumplirá lo que le fue anunciado de parte del Señor” (Lc 1,45). “La fe solo crece y se fortalece creyendo” (PF 7).

Los obispos de la Argentina al hablar del contenido de la Nueva Evangelización destacamos como núcleo a anunciar que “Jesucristo resucitado nos da el Espíritu Santo y nos lleva al Padre. La Trinidad es el fundamento más profundo de la dignidad de cada persona humana y de la comunión fraterna” (Nma 50). Por eso les decía al principio de esta carta pastoral que la fe no es simplemente creer en algo difuso a lo cual cada uno le da la forma que le parece. Tenemos una Palabra Revelada que nos enseña de parte de Dios. En este tiempo “habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo” (PF 8).

También el Magisterio de la Iglesia que ejercen el Papa y los Obispos nos enseñan acerca de los contenidos de la fe, y lo que implica hoy tener una vida cristiana.

- **Texto del Concilio Vaticano II:**

Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe", por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad", y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que proviene y ayuda, a los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad". Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones. (DV 5)

Las verdades reveladas. *Mediante la revelación divina quiso Dios manifestarse a Sí mismo y los eternos decretos de su voluntad acerca de la salvación de los hombres, "para comunicarles los bienes divinos, que superan totalmente la comprensión de la inteligencia humana".*

Confiesa el Santo Concilio "que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con seguridad por la luz natural de la razón humana, partiendo de las criaturas"; pero enseña que hay que atribuir a Su revelación "el que todo lo divino que por su naturaleza no sea inaccesible a la razón humana lo pueden conocer todos fácilmente, con certeza y sin error alguno, incluso en la condición presente del género humano". (DV 6)

- **Texto del Catecismo:**

Por su revelación, “Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” (DV 2). La respuesta adecuada a esta invitación es la fe. (CEC 142)

Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (cf. DV 5). La

sagrada Escritura llama “obediencia de la fe” a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rm 1,5; 16,26). (CEC 143)

- **Texto del Youcat:**

La fe es el camino creado por Dios para acceder a la verdad, que es Dios mismo. Puesto que Jesús es “el camino y la verdad y la vida” (Jn 14,6) esta fe no puede ser una mera actitud, una “credulidad” en cualquier cosa. Por un lado la fe tiene contenidos claros, que la Iglesia confiesa en el Credo y que está encargada de custodiar. Quien acepta el don de la fe, quien por tanto quiere creer, confiesa esta fe mantenida fielmente a través de los tiempos y las culturas. Por otra parte, la fe consiste en la relación de confianza con Dios, con el corazón y la inteligencia, con todas las emociones. Porque la fe “actúa por el amor” (Gal 5, 6). Si alguien cree realmente en el Dios del amor lo demuestra no en sus proclamaciones, sino en sus actos de amor. (Youcat 307)

Preguntas Orientadoras: ¿Entendemos de modo correcto que la fe no es una conquista humana? ¿Apreciamos suficientemente que la iniciativa de la fe está en el amor de Dios y que ello implica una respuesta? ¿Somos conscientes de que esa respuesta debe ser un acto de verdadero amor y que por lo tanto está implicada nuestra libertad? ¿Mi fe se apoya e ilumina con la Palabra de Dios? ¿o vivo una “fe” difusa, privada, “a mi manera” y con poca vida comunitaria?

d) Una fe adulta

13- ¿Puede crecer la fe? La fe no es una “cosa”, un objeto que puede aumentar de tamaño o volumen. Pero si la vida va creciendo, la fe debe acompañar esa vida que se desarrolla. Es necesario “educar” en la fe, conocer lo que creemos. Saber cuáles son las consecuencias sociales, espirituales, morales del decir “yo creo en Dios”. La fe implica amar a Jesús y conocerlo a Él y su enseñanza.

La fe ilumina nuestra vida y los acontecimientos del mundo. Pero no siempre hemos desarrollado una fe adulta, para la cual es necesario realizar el proceso - camino sistemático de educación en la fe, que no puede quedar liberado a alguna que otra charla cada tanto. Para ello, tenemos algunas propuestas concretas al alcance de la mano, como los seminarios para catequistas (presenciales o a distancia). Algunos movimientos apostólicos tienen programas formativos: la Acción Católica, Cursillos, Schoenstadt; etc. En la diócesis hemos comenzado la Escuela de Ministerios, que también realiza un buen camino de educación en la fe. Se trata, entonces, de realizar un itinerario formativo integral.

Uno de los objetivos específicos de la Asamblea Diocesana nos pide “Implementar itinerarios de formación permanente para que todos los agentes de pastoral desarrollen su vocación y misión”. Es una necesidad que percibimos con claridad. Qué bueno es retomar la insistencia en el Itinerario Catequístico Permanente.



*Por eso, la formación obedece a un **proceso integral**, es decir, que comprende variadas dimensiones, todas armonizadas entre sí en unidad vital. En la base de estas dimensiones, está la fuerza del anuncio kerygmático. El poder del **Espíritu** y de la Palabra contagia a las personas y las lleva a escuchar a Jesucristo, a creer en Él como su Salvador, a reconocerlo como quien da pleno significado a su vida y a seguir sus pasos. El anuncio se fundamenta en el hecho de la **presencia de Cristo Resucitado** hoy en la Iglesia y es el factor imprescindible del proceso de formación de discípulos y misioneros. Al mismo tiempo, la formación es permanente y dinámica de acuerdo con el desarrollo de las personas y con el servicio que están llamadas a prestar en medio de las exigencias de la historia. (DA 279)*

Hoy se plantean diversas cuestiones vinculadas con la fe, para las cuales muchos opinan influenciados por los medios de comunicación, pero sin una reflexión de acuerdo con lo que nos enseña la Iglesia. Por ejemplo, temas como alquiler de vientres, sexualidad, cuestiones ambientales, el amor, la familia, el trabajo, la libertad...

Si vale la comparación, podemos decir que muchos tienen una fe raquílica, débil, que sucumbe ante los embates de las diversas situaciones que nos tocan vivir. Hay una especie de tendencia a negar la posibilidad de acceder a la verdad de manera objetiva. Todo parece una simple opinión. Tanto de una como otra.

- **Texto del Concilio Vaticano II:**

***Necesidad de la formación para el apostolado.** El apostolado solamente puede conseguir plena eficacia con una formación multiforme y completa. La exigen no solo el continuo progreso espiritual y doctrinal del mismo seglar, sino también las varias circunstancias de cosas, de personas y de deberes a que tiene que acomodar su actividad. Esta formación para el apostolado debe apoyarse en las bases que este Santo Concilio ha asentado y declarado en otros lugares. Además de la formación común a todos los cristianos, no pocas formas de apostolado, por la variedad de personas y de ambientes, requieren una formación específica y peculiar. (AA 28)*

***Principios de la formación de los laicos para el apostolado.** Como los laicos participan, a su modo, de la misión de la Iglesia, su formación apostólica recibe una característica especial por su misma índole secular y propia del laicado y por el carácter espiritual de su vida.*

La formación para el apostolado supone una cierta formación humana, íntegra, acomodada al ingenio y a las cualidades de cada uno. Porque el seglar, conociendo bien el mundo contemporáneo, debe ser un miembro acomodado a la sociedad de su tiempo y a la cultura de su condición.

Ante todo, el seglar ha de aprender a cumplir la misión de Cristo y de la Iglesia, viviendo de la fe en el misterio divino de la creación y de la redención movido por el Espíritu Santo, que vivifica al Pueblo de Dios, que impulsa a todos los hombres a amar a Dios Padre, al mundo y a los hombres por Él. Esta formación debe considerarse como fundamento y condición de todo apostolado fructuoso.

Además de la formación espiritual, se requiere una sólida instrucción doctrinal, incluso teológica, ético-social, filosófica, según la diversidad de edad, de condición y de ingenio. No se olvide tampoco la importancia de la cultura general, juntamente con la formación práctica y técnica.

Para cultivar las relaciones humanas es necesario que se acrecienten los valores verdaderamente humanos; sobre todo, el arte de la convivencia fraterna, de la cooperación y del diálogo.

Pero ya que la formación para el apostolado no puede consistir en la mera instrucción teórica, aprendan poco a poco y con prudencia desde el principio de su formación, a verlo, juzgarlo y a hacerlo todo a la luz de la fe, a formarse y perfeccionarse a sí mismos por la acción con los otros y a entrar así en el servicio laborioso de la Iglesia. Esta formación, que hay que ir complementando constantemente, pide cada día un conocimiento más profundo y una acción más oportuna a causa de la madurez creciente de la persona humana y por la evolución de los problemas. En la satisfacción de todas las exigencias de la formación hay que tener siempre presente la unidad y la integridad de la persona humana, de forma que quede a salvo y se acreciente su armonía y su equilibrio.

De esta forma el seglar se inserta profunda y cuidadosamente en la realidad misma del orden temporal y recibe eficazmente su parte en el desempeño de sus tareas, y al propio tiempo, como miembro vivo y testigo de la Iglesia, la hace presente y actuante en el seno de las cosas temporales. (AA 29 abc)

- **Texto del Catecismo:**

“La fe trata de comprender” (San Anselmo de Canterbury, Proslogion, proemium: PL 153, 225A) es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor. La gracia de la fe abre “los ojos del corazón” (Ef 1,18) para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación, es decir, del conjunto del designio de Dios y de los misterios de la fe, de su conexión entre sí y con Cristo, centro del Misterio revelado. Ahora bien, “para que la inteligencia de la Revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones” (DV 5). Así, según el adagio de san Agustín (Sermo 43,7,9: PL 38, 258), “creo para comprender y comprendo para creer mejor”. (CEC 158)

La fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo; san Pablo advierte de ello a Timoteo: “Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe” (1 Tm 1,18-19). Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que nos la aumente (cf. Mc 9,24; Lc 17,5; 22,32); debe “actuar por la caridad” (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. Rm 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia. (CEC 162)



- **Texto del Youcat:**

Debemos cultivarnos a nosotros mismos para poder practicar el bien con alegría y facilidad. A ello nos ayuda en primer término la fe en Dios, pero también el hecho de vivir las virtudes; es decir, que con la ayuda de Dios formemos en nosotros actitudes firmes, no nos entreguemos a ninguna pasión desordenada y orientemos las potencias de la razón y de la voluntad cada vez más inequívocamente hacia el bien.

Las principales virtudes son: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Se las llama también “virtudes cardinales”. (Youcat 300)

Preguntas Orientadoras: ¿Nos damos cuenta de que la fe necesita crecer en nosotros? ¿Nos abrimos al don siempre nuevo del Espíritu derramado en la comunidad eclesial para crecer en la fe? ¿Nos preocupamos por crecer en la fe? ¿Participamos de las instancias que se nos ofrecen para actualizarnos? ¿Soy responsable en mi formación integral? ¿Me hago el tiempo suficiente? ¿Mi formación es orgánica, sistemática o fragmentada y desordenada?

e) Una fe celebrada

14- La fe es un don de Dios que nos hace sus hijos, familia suya en la Iglesia. No es una “teoría sobre Dios” sino un vínculo que nos une a Él y nos reúne en la confesión y celebración de la fe.

Dios hace con nosotros una Alianza de amor y nos llama a celebrar esa relación nueva que se gesta por el bautismo. El Papa nos dice que este Año “será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía” (PF 9).

La fe sin la celebración corre el riesgo de quedar reducida a una ideología o unos principios éticos difíciles o imposibles de cumplir. Pero, además, la celebración de la fe es evangelizadora. No solo alimenta y fortalece a quienes participan de ella sino que también testimonia aquello que se cree y se vive. En la liturgia, por medio de la belleza (cantos, signos, imágenes...) se palpa el misterio trascendente de la presencia y cercanía de Dios con su Pueblo.

Por eso es tan importante cuidar los signos utilizados en los sacramentos. El agua, el pan, el vino, los óleos... También los ornamentos de los sacerdotes y ministros, los libros sagrados y rituales, la disposición de la Asamblea, el audio... Todo en el Templo (o en el salón comunitario de una comunidad humilde) expresa y dice quiénes somos y qué estamos haciendo.

La fe también es celebrada en las diversas manifestaciones de la Piedad Popular. Visitas a los Santuarios, Peregrinaciones, Vía Crucis, Pesebres vivientes, entre otros, son expresiones de la fe del pueblo cristiano, fuente de gracia y testimonio evangelizador.

- **Texto del Concilio Vaticano II:**

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno.

Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdotes y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. (SC 7)

- **Texto del Catecismo:**

"Sentado a la derecha del Padre" y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, instituidos por Él para comunicar su gracia. Los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo. (CEC 1084)

Dios habla al hombre a través de la creación visible. El cosmos material se presenta a la inteligencia del hombre para que vea en él las huellas de su Creador (cf. Sb 13,1; Rm 1,19-20; Hch 14,17). La luz y la noche, el viento y el fuego, el agua y la tierra, el árbol y los frutos hablan de Dios, simbolizan a la vez su grandeza y su proximidad. (CEC 1147)

- **Texto del Youcat:**

Ya el pueblo de Israel interrumpía el trabajo "siete veces al día" (Sal 119, 164) para alabar a Dios. Jesús participó en el culto y la oración de su pueblo; enseñó a orar a sus discípulos y los reunió en el Cenáculo para celebrar con ellos el mayor culto de todos: su propia entrega en la Eucaristía. La Iglesia, que convoca al culto, sigue su mandato: "Haced esto en memoria mía" (1 Cor 11, 24b).

Así como el hombre respira para mantenerse vivo, del mismo modo respira y vive la Iglesia mediante la celebración del culto divino. Es Dios mismo quien le infunde diariamente nueva vida y la enriquece mediante su Palabra y sus Sacramentos. Se puede usar también otra imagen: Cada acto de culto es como



una cita de amor, que Dios escribe en nuestra agenda. Quien ya ha experimentado el amor de Dios, acude con ganas a la cita. Quien a veces no siente nada y, sin embargo, acude, muestra a Dios su fidelidad. (Youcat 166)

Debemos y podemos acceder a Dios con todos los sentidos, no solo con el intelecto. Por eso se nos da Dios en signos terrenos, especialmente en el pan y el vino, que son el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Los hombres vieron a Jesús, lo escucharon, pudieron tocarlo y experimentaron la salvación y la sanación de cuerpo y alma. Los signos sensibles de los Sacramentos llevan ese mismo sello de Dios, que quiere dirigirse al hombre en su totalidad, y no solo a su Cabeza. (Youcat 174)

“Quien peregrina «ora» con los pies y experimenta con todos los sentidos que toda su vida es un único gran camino hacia Dios”. Ya en el antiguo Israel se peregrinaba al Templo de Jerusalén. Los cristianos retomaron esta costumbre. [...] Hoy las peregrinaciones experimentan un renacimiento único. Los hombres buscan la paz y la fuerza que brotan de los lugares santos. Están cansados del individualismo, quieren salir de la rutina diaria, liberarse de lastres y ponerse en marcha hacia Dios. (Youcat 276)

Preguntas orientadoras: al mirar cómo estamos ubicados en el Templo durante las celebraciones ¿qué es lo que se expresa, qué damos a entender? Los signos sacramentales que utilizamos ¿expresan el misterio de la fe? ¿Valoramos las expresiones de la fe en la piedad popular?

f) Una fe vivida en el mundo

15- La fe, que nos hace familia en la Iglesia, está llamada a testimoniarse en el mundo. La comunidad cristiana no es un *ghetto* cerrado y misterioso, sino destinada a ser levadura en la masa, semillas del Reino de Dios. La vocación cristiana nos hace ser Pueblo de Dios que peregrina en esta historia, no buscando no contaminarse sino en el servicio desde la fe. Hemos de recordar por tanto que “la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda” (PF 14). Por eso, el Papa agrega que:

Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando “unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia (2 Pe 3,13; cf. Ap21,1)” (PF 14).

Por eso: “Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo” (PF 15). Buscar la paz, la libertad, la justicia es una señal de que queremos vivir de acuerdo con las Bienaventuranzas.

- **Texto del Concilio Vaticano II:**

La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado “el único Santo” [121], amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5,25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: “Porgue esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Ts 4, 3; cf. Ef 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad. (LG 39 b y c)

- **Texto del Catecismo:**

La participación es el compromiso voluntario y generoso de la persona en los intercambios sociales. Es necesario que todos participen, cada uno según el lugar que ocupa y el papel que desempeña, en promover el bien común. Este deber es inherente a la dignidad de la persona humana. (CEC 1913)

La participación se realiza ante todo con la dedicación a las tareas cuya responsabilidad personal se asume: por la atención prestada a la educación de su familia, por la responsabilidad en su trabajo, el hombre participa en el bien de los demás y de la sociedad (cf. CA 43). (CEC 1914)

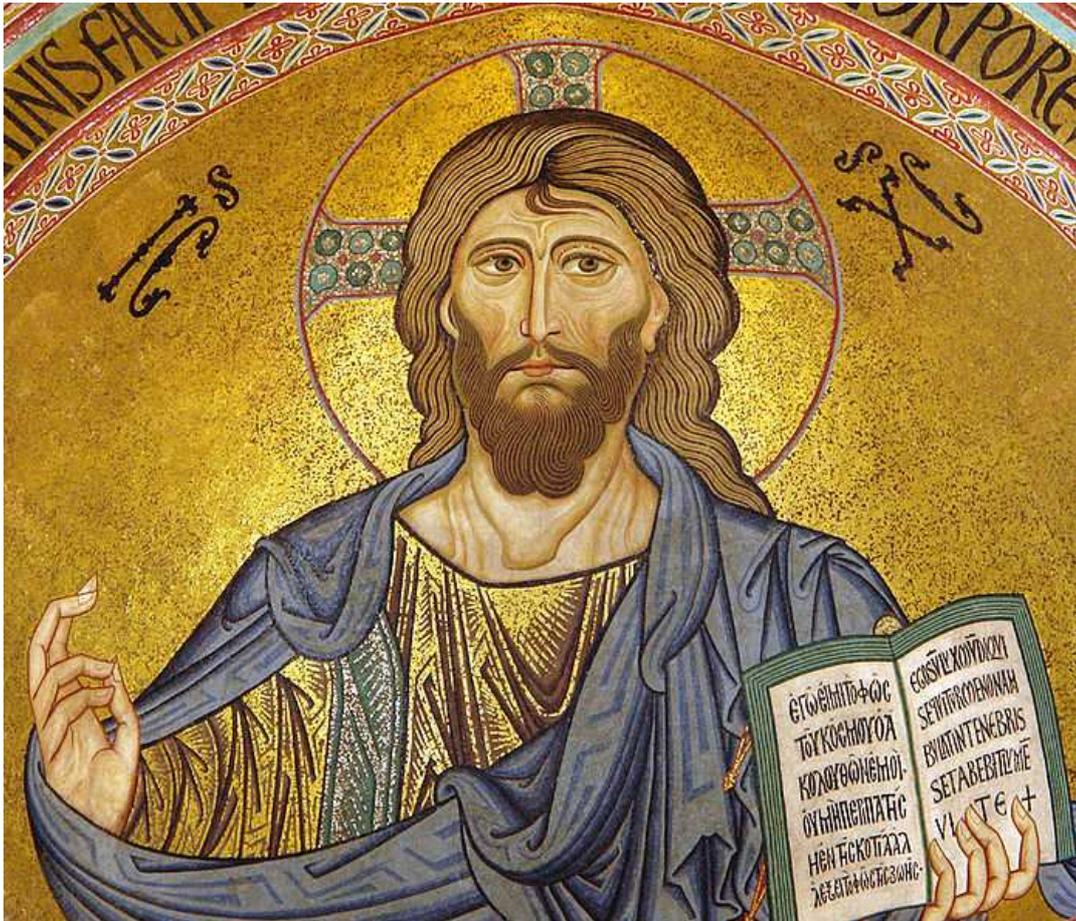
Los ciudadanos deben cuanto sea posible tomar parte activa en la vida pública. Las modalidades de esta participación pueden variar de un país a otro o de una cultura a otra. “Es de alabar la conducta de las naciones en las que la mayor parte posible de los ciudadanos participa con verdadera libertad en la vida pública” (GS 31). (CEC 1915)

- **Texto del Youcat:**

No, un cristiano no puede ser nunca un puro individualista, porque el hombre está destinado a la vida social por su propia naturaleza.

Todo hombre tiene un padre y una madre; recibe ayuda de otros está obligado a ayudar a otros y a desarrollar sus talentos a favor de todos. Puesto que el hombre es “imagen” de Dios, refleja en cierto modo a Dios, que no está solo en su profundidad, sino que es trino (y con ello amor, diálogo e intercambio). Por último es el amor, el mandamiento central de todos los cristianos, por el cual en el fondo pertenecemos a un mismo grupo y somos referencia unos de otros de un modo fundamental: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,39). (Youcat 321)

Preguntas Orientadoras: ¿Comprendemos que por ser cristianos hemos sido configurados con Cristo? ¿Somos conscientes de que participamos de su misma misión de transformar el mundo para Dios? ¿Asumimos las responsabilidades sociales desde la fe o pensamos que la fe es solamente espiritual?



Cristo Pantócrator de la Catedral de Cefalú (Palermo)

Tiene el libro del Evangelio abierto en el pasaje de Jn. 8,12:

"Yo soy la luz del mundo.

El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida".

IV Llamados a comunicar la fe

a) Llamados a la misión...

15- En la carta *Porta Fidei* el Papa recordaba lo que había predicado en el inicio de su Pontificado: “Nuestra misión es rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida” (PF 2, Homilía del inicio de Pontificado Benedicto XVI). Nuestro servicio es evangelizar, dar testimonio del amor que Dios nos manifestó por medio de su Hijo Jesucristo. El mundo necesita esta Buena Noticia. “Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido a favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe” (PF 7). El Papa ha convocado al Sínodo de los Obispos para reflexionar sobre “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Una preocupación que comienza a plantearse hace 50 años en el Concilio Vaticano II y que nos pone de cara al mundo. La misión a la cual somos enviados no es poca cosa. No tiene límites geográficos o antropológicos. Es atender en la fe a los creyentes, es salir a buscar a quienes no hemos sabido reunir y es anunciar a los que aún no escucharon hablar de Jesús.

Si vivimos la fe encerrados en las cuatro paredes de un Templo o en los salones parroquiales sin dar testimonio, nos vamos aislando y envejeciendo sin dar frutos. “La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo” (PF 7). Por eso, “profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado” (PF 10). El Documento Conclusivo de *Aparecida* nos alienta en este sentido:

La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo. (DA 29)

- **Texto del Concilio Vaticano II:**

La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado. Como en la complexión de un cuerpo vivo ningún miembro se comporta de una forma meramente pasiva, sino que participa también en la actividad y en la vida del cuerpo, así en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, "todo el cuerpo crece según la operación propia, de cada uno de sus miembros" (Ef 4,16). Y por cierto, es tanta la conexión y trabazón de los miembros en este Cuerpo (cf. Ef 4,16), que el miembro que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo. (AA 2 a)



La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. pero este designio dimana del "amor fontal" o de la caridad de Dios Padre, que, siendo Principio sin principio, engendra al Hijo, y a través del Hijo procede el Espíritu Santo, por su excesiva y misericordiosa benignidad, creándonos libremente y llamándonos además sin interés alguno a participar con Él en la vida y en la gloria, difundió con liberalidad la bondad divina y no cesa de difundirla, de forma que el que es Creador del universo, se haga por fin "todo en todas las cosas" (1 Cor 15,28), procurando a un tiempo su gloria y nuestra felicidad. Pero plugo a Dios llamar a los hombres a la participación de su vida no solo en particular, excluido cualquier género de conexión mutua, sino constituirlos en pueblo, en el que sus hijos que estaban dispersos se congreguen en unidad" (cf. Jn 11,52). (AG 2)

- **Texto del Catecismo:**

El mandato misionero. "La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser «sacramento universal de salvación», por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres" (AG 1): "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19-20). (CEC 849)

- **Texto del Youcat:**

Transmitimos la fe porque Jesús nos encarga: "Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos".

Ningún cristiano auténtico deja la transmisión de la fe solo en manos de los especialistas (maestros, sacerdotes, misioneros). Uno es cristiano para los demás. Esto quiere decir que todo cristiano auténtico desea que Dios llegue también a los demás. Se dice: "¡El Señor me necesita! Estoy bautizado, confirmado y soy responsable de que las personas de mi entorno tengan noticia de Dios y lleguen al conocimiento de la verdad" (1Tim 2,4).

La Madre Teresa empleaba una buena comparación: "A menudo puedes ver cables cruzar las calles. Antes de que la corriente fluya por ellos no hay luz. El cable somos tú y yo. ¡La corriente es Dios! Tenemos el poder de dejar pasar la corriente a través de nosotros y de este modo generar la luz del mundo -Jesús- o de negarnos a ser utilizados y de este modo permitir que se extienda la oscuridad". (Youcat 11)

Preguntas Orientadoras: ¿Hasta dónde hemos comprendido que la misión es una exigencia insustituible de nuestra condición de bautizados? Jesús dice "Vayan", nos invita a salir: ¿Nos quedamos encerrados en el templo esperando a los que quieran venir? ¿Cómo es nuestra misión, nuestra atención pastoral hacia los que no llegan? ¿Tenemos conciencia de ser responsables de la misión de la Iglesia en todo el mundo? Como comunidad de discípulos de Jesús somos misioneros, portadores de la Buena Noticia al mundo ¿se nota en nuestras actitudes?

b) ...y a la santidad

Quienes mejor comunican la fe son los santos. En el cielo los más importantes no seremos los ministros sino los santos, los que se hicieron pequeños, los servidores, los que entregaron la vida.

En este mundo necesitamos de los ministros (sacerdotes) para comunicar la gracia sacramental destinada a la santidad de los bautizados (incluidos los ministros). Necesitamos de los sacramentos, de la caridad pastoral, de la predicación de la Palabra para iluminar nuestra vida.

En este mundo necesitamos de la vida consagrada que nos muestre, con su fidelidad y entrega, que el Reino de Dios está muy cerca de nosotros. Necesitamos también catequistas que nos ayuden a conocer y a relacionarnos más con el Señor. ¡Cómo debemos valorar y reconocer la vocación - misión de los catequistas! Debemos rezar y pedir; “Danos, Señor, catequistas santos”. Y podemos seguir enumerando a todas las vocaciones, servicios, carismas y ministerios: educadores, ministros de la comunión, misioneros, voluntarios de Cáritas, agentes pastorales, laicos metidos en la construcción de la sociedad,... todos hacen falta; no sobra ninguno. Pero a todos los necesitamos santos. Porque sin santidad no hay evangelización, no hay testimonio que transparente el amor de Dios.

La santidad impulsa a la belleza evangelizadora. Las comunidades están llamadas a la santidad. La Iglesia es Una, Santa, Católica, Apostólica. La santidad es abrirse al amor y responder con amor. La Primera Carta de Juan nos enseña: “El que dice amo a Dios, y no ama a su hermano, es un mentiroso” (I Jn 4,20). Y la Carta de Santiago advierte: “De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? [...] la fe, si no va acompañada por las obras, está completamente muerta” (St 2, 14ss).

- **Texto del Concilio Vaticano II:**

La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado “el único Santo” [121], amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5,25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: “Porgue esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Ts 4, 3; cf. Ef 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad. (LG 39)



- **Texto del Catecismo:**

“Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (LG 40). Todos son llamados a la santidad: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48).

Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo [...] para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre. De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos (LG 40). (CEC 2013)

- **Texto del Youcat:**

El sentido de nuestra vida es unirnos a Dios en el amor, corresponder totalmente a los deseos de Dios. Debemos permitir a Dios “que viva su vida en nosotros” (Beata Teresa de Calcuta). Esto significa ser “santo”. Todo hombre se hace la pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Para qué estoy aquí? ¿Cómo puedo ser yo mismo? La fe responde que solo en la Santidad llega el hombre a ser aquello para lo que lo creó Dios. Solo en la santidad encuentra el hombre la verdadera armonía consigo mismo y con su Creador. Pero la santidad no es una perfección hecha a medida por uno mismo, sino la unión con el amor hecho carne, que es Cristo. Quien de este modo logra la nueva vida se encuentra a sí mismo y llega a ser santo. (Youcat 342)

Preguntas Orientadoras: ¿Entendemos que la santidad es la vocación de todo cristiano; más aún que constituye el mejor de los apostolados? ¿Vivimos el amor en la comunidad como camino a la Santidad? ¿Trato de ser santo, viviendo en plenitud el mandamiento del amor?

Conclusión

La carta a los Hebreos en el Capítulo 11 va haciendo un recorrido desde Abel hasta tiempos de Jesús sobre los testimonios de la fe. El Papa Benedicto realiza algo semejante en su Carta Apostólica *Porta Fidei* (PF 13). Hagamos nosotros también esta acción de gracias.

Por la fe caminaron los Patriarcas, Moisés buscando la Tierra Prometida.

Los profetas alentaron la Esperanza del Pueblo llamándolo a la fidelidad.

Por la fe María acogió la Palabra en su seno y fue discípula atenta y servidora.

Los Apóstoles siguieron a Jesús, recibieron el Espíritu Santo y salieron por el mundo cumpliendo el envío del Maestro. Los primeros cristianos implantaron la Iglesia. Los mártires dieron testimonio hasta entregar la vida.

Por la fe los religiosos y consagradas dejan todo para vivir en sencillez evangélica.

Los sacerdotes siguen a Jesús Buen Pastor para servir a la fe del Pueblo de Dios.

Hombres y mujeres laicos mostraron a lo largo de los siglos la belleza de seguir a Jesús.

Por la fe, en América Latina, evangelizaron los misioneros hace más de 500 años.

Monseñor Chalup asumió hace 55 años como primer Obispo de Gualeguaychú.

Tantos hombres y mujeres de diversas vocaciones y estados de vida han comunicado la alegría de la fe en nuestra diócesis.

Por la fe nosotros, Pueblo de Dios peregrino en la historia, con entusiasmo renovado queremos anunciar que Cristo está vivo y nos ama de verdad.

- **Texto del Concilio Vaticano II:**

En nuestros días, el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino último de las cosas y de la humanidad. El Concilio, testigo y expositor de la fe de todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas, aclarárselos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es, por consiguiente, el hombre; pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien será el objeto central de las explicaciones que van a seguir.

Al proclamar el Concilio la altísima vocación del hombre y la divina semilla que en este se oculta, ofrece al género humano la sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal que responda a esa vocación. No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Solo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido. (GS 3)



- **Texto del *Catecismo*:**

No creemos en las fórmulas, sino en las realidades que estas expresan y que la fe nos permite "tocar". "El acto [de fe] del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad [enunciada]" (Santo Tomás de Aquino, S.Th., 2-2, q.1, a. 2, ad 2). Sin embargo, nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más. (CEC 170)

Desde siglos, a través de muchas lenguas, culturas, pueblos y naciones, la Iglesia no cesa de confesar su única fe, recibida de un solo Señor, transmitida por un solo bautismo, enraizada en la convicción de que todos los hombres no tienen más que un solo Dios y Padre (cf. Ef 4,4-6). (CEC 172)

- **Texto del *Youcat*:**

"La verdadera fe la encontramos en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia"

El Nuevo Testamento ha surgido de la fe de la Iglesia. Escritura y Tradición van unidas. La transmisión de la fe no se da en primer lugar a través de textos. En la Iglesia antigua se decía que la Sagrada Escritura estaba escrita "más en el corazón de la Iglesia que sobre pergamino". Ya los discípulos y los Apóstoles experimentaron la nueva vida ante todo a través de la comunión de vida con Jesús. A esta comunión, que se continuó de un modo diferente tras la Resurrección, invitaba la Iglesia naciente a los hombres. Los primeros cristianos "perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones" (Hch 2,42). Estaban unidos entre sí y sin embargo tenían espacio para otros. Esto es lo que constituye la fe hasta hoy: los cristianos invitan a otros hombres a conocer una comunión con Dios, que desde los tiempos de los apóstoles se ha mantenido inalterada en la Iglesia Católica. (Youcat 12)

Preguntas Orientadoras: ¿Cómo deberíamos trabajar la conciencia que se debe tener de que como bautizados estamos llamados a comunicar la fe con alegría y a edificar la Iglesia? ¿Nos sabemos y sentimos parte de un Pueblo Peregrino en la Historia? ¿Reconocemos que hoy Dios nos llama a nosotros para darse a conocer a los demás?

Epílogo

El Contexto del *Año de la fe*

El Papa Benedicto XVI menciona tres acontecimientos como marco de la convocatoria al *Año de la fe*: se cumplen los 50 años de la apertura del Concilio Vaticano II, 20 años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, y la convocatoria -realizada por el mismo Santo Padre- al Sínodo de los Obispos con el tema “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana” (cfr PF 4).

Hagamos una breve mención a estos tres acontecimientos enumerados por el Santo Padre.

A) El Concilio Vaticano II

Hace 50 años, el 11 de octubre de 1962, comenzaba a sesionar el Concilio Vaticano II. Para el Concilio Ecuménico son convocados los obispos de todo el mundo presididos por el Papa. En los 2000 años de historia de la Iglesia se habían celebrado 20 Concilios. Son ocasiones extraordinarias. Del Concilio Vaticano II participaron cerca de 2.500 obispos. Nuestro primer obispo, Monseñor Jorge R. Chalup, fue uno de los padres conciliares.

El Concilio Vaticano II se desarrolló en Roma en cuatro etapas: primera, del 11 de octubre al 8 de diciembre de 1962; segunda, del 29 de septiembre al 4 de diciembre de 1963; tercera, del 14 de septiembre al 21 de noviembre de 1964; final, del 14 de septiembre al 8 de diciembre de 1965.

Se elaboraron, en un proceso participativo, diversos documentos que nos orientan en el caminar de la Iglesia. Los cuatro documentos de mayor relevancia son: *Lumen Gentium (LG)*, sobre la Iglesia; *Gaudium et Spes (GS)*, sobre la Iglesia en el mundo actual; *Sacrosanctum Concilium (SC)*, sobre la sagrada liturgia; y *Dei Verbum (DV)*, sobre la divina revelación.

Pero también hubo otros documentos muy importantes, como por ejemplo, acerca de la vida religiosa, de los laicos, los sacerdotes, las misiones, el ecumenismo, los medios de comunicación social, la educación... Todos ellos nos orientan y enseñan a vivir la fe en el tiempo actual.

Este *Año de la fe* será ocasión propicia para volver a leerlos y meditarlos, mirar nuestro camino eclesial a la luz de sus enseñanzas. Nos decía el beato Juan Pablo II que esos textos:

No pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza. (PF 5)

Don de Dios que nos orienta. La imagen de la “brújula segura” nos hace pensar que somos Iglesia en marcha, pero no a la deriva, sino con un rumbo, un horizonte. El Concilio Vaticano II nos guía para no equivocarnos el camino.



B) Catecismo de la Iglesia Católica

En el inicio del *Año de la fe*, además de los 50 años del Concilio “se celebrarán también los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por mi Predecesor, el beato Papa Juan Pablo II, con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe” (PF 4).

La fe cristiana no es un sentimiento individual que cada uno vive como quiere o le parece. Es la fe de la Iglesia arraigada en la muerte y resurrección de Cristo. Es la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que viene a habitar en el corazón de sus hijos. Es la fe en su Palabra que nos acompaña e ilumina.

Precisamente en este horizonte, el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemáticamente y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia (PF 11)

El texto del Catecismo tiene cuatro partes que se articulan entre ellas: primera, la profesión de la fe; segunda, la celebración del misterio cristiano; tercera, la vida en Cristo; cuarta, la oración cristiana.

Durante este año habrá varios encuentros que nos ayudarán a tomar contacto con este Catecismo, con el objetivo de enriquecernos en la fe y madurar en la vida cristiana.

C) Sínodo de los Obispos

El Papa Benedicto XVI ha convocado para octubre del 2012 el Sínodo de los Obispos. El tema a tratar será: “La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana”.

La palabra sínodo tiene en su raíz dos vocablos griegos: “*syn*” (juntos) y “*hados*” (camino). Significa “caminar juntos”. Es un espacio de encuentro, reflexión, elaboración de aportes en un clima de Asamblea, con participación de obispos de todo el mundo durante casi un mes. De varias de estas sesiones suele participar también el Papa. La finalidad es ayudar al Santo Padre en el gobierno de la Iglesia Universal. Es una rica experiencia de colegialidad y comunión. Forman parte del Sínodo unos 300 obispos representantes de las Conferencias Episcopales de todo el mundo -de la Argentina van cuatro - y de varios organismos del Vaticano.

El Sínodo, que es convocado cada tres o cuatro años, realiza una serie de propuestas (formulaciones breves, concretas) en base a las cuales el Papa elabora luego una Exhortación Apostólica.

El Sínodo tiene sus sesiones del 7 al 28 de octubre, de lunes a viernes de 8:30 a 12:30 y de 16 a 19, y los sábados por la mañana. Los primeros días cada obispo puede anotarse para hablar en la Asamblea sobre algunos de los puntos del documento de trabajo que fue enviado con anticipación.

Al finalizar cada Jornada, el Secretario hace una síntesis de los aportes escuchados y hay un rato de intervención libre para que quienes deseen puedan expresar su parecer (de acuerdo o desacuerdo) acerca de algunos de los temas planteados.

Durante la segunda semana se comienza a trabajar en comisiones que se forman según el idioma en que cada uno elige participar. Durante esos días cada comisión elabora las proposiciones que desea presentar como propuesta. Estas consisten en

formulaciones (que suelen tener de cinco a diez renglones) acerca de los temas que el grupo elige. La Secretaría recoge todas las propuestas y elabora con ellas un elenco único, que vuelve a circular luego por todos los grupos para su consideración y recibir también las sugerencias pertinentes. Con estos nuevos aportes elabora un nuevo elenco que se entrega a cada participante, que cuenta con un día entero para leer y votar por Sí o por No. Al día siguiente se realiza la votación final y ese resultado se entrega al Santo Padre. Él se toma unos meses para leer y estudiar esas “proposiciones” y elabora una “Exhortación Apostólica” acerca de esa temática.

Algunos obispos que han participado en otros Sínodos cuentan que el Papa suele ir varios días a la semana para saludar y quedarse a escuchar lo que se plantea y discute. Como vemos, son jornadas de escucha, diálogo, discusión, estudio, participación.

Año de la fe. Explicación del logo

Sobre un campo cuadrado, enmarcado, se representa simbólicamente una barca -imagen de la Iglesia- en navegación sobre olas apenas insinuadas gráficamente, cuyo árbol maestro es una cruz que iza las velas con signos dinámicos que realizan el monograma de Cristo; el fondo de las velas es un sol que asociado al monograma hace referencia también a la Eucaristía.



Página oficial del *Año de la fe*: www.annusfidei.va

Página oficial del Obispado de Gualeguaychú: www.obispadogchu.org.ar



Índice de citas

CEC, Catecismo de la Iglesia Católica, octubre de 1992.

CiV, Caritas in Veritate (La Caridad en la Verdad), Encíclica de Benedicto XVI, 2009.

DA, Documento de Aparecida. Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y del Caribe 2007, Aparecida, Brasil, 2007.

DCE, Deus Caritas Est (Dios es amor), Encíclica de Benedicto XVI, 2005.

DI, “Discurso Inaugural” en V Conferencia General del Episcopado de América Latina y El Caribe, del Papa Benedicto XVI, *Documento de Aparecida*, Aparecida, Brasil, 2007.

Nma, Navega mar adentro, Conferencia Episcopal Argentina, 2003.

PF, Porta Fidei, Carta Apostólica en forma de Motu Proprio en la que se convoca al Año de la fe, 2011.

UES, Ubicumque et Semper (Siempre y en todas partes), Carta Apostólica del Papa Benedicto XVI, 2010.

VD, Verbum Domini, Exhortación Apostólica Post Sinodal, 2009.

Concilio Vaticano II

AA, Apostolicam actuositatem, sobre el apostolado de los laicos.

AG, Ad gentes, sobre la actividad misionera de la Iglesia.

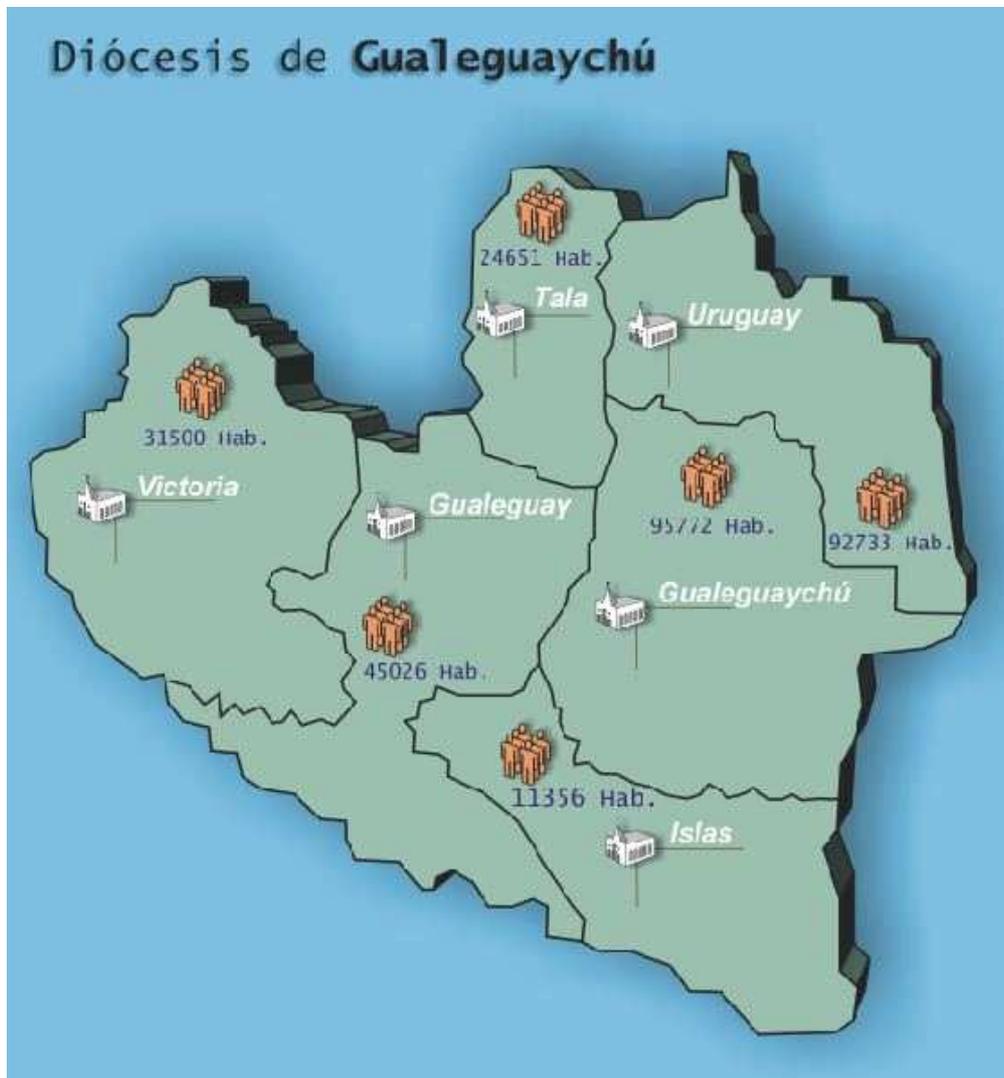
DV, Dei Verbum, sobre la divina revelación.

GS, Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual.

LG, Lumen Gentium, sobre la Iglesia.

SC, Sacrosanctum Concilium, sobre la Sagrada liturgia.

“Sean uno para que el mundo crea”



Seguimos caminando en
Asamblea Diocesana